

RAMOS RUBIO, J. A.: *El castillo de Trujillo (Trujillo Medieval a través de las fuentes escritas)*. Fundación Pedro de Alarcón. Jaraíz de la Vera, 2008

No me extraña que el autor, el cronista de Trujillo Don José A. Ramos haya vuelto a poner sus ojos en una joya más de Trujillo, pues éste ha escrito que el que conoce la ciudad, no tiene más remedio que quererla. Lo que se evidencia, de forma rotunda, en los numerosos artículos y trabajos que ha ido publicando a lo largo de los años, en no pocas de sus obras y en revistas especializadas. Porque José Antonio, que es un escritor de acción y pasión, le gusta volcar, de forma sopesada e impetuosa a la vez, buena parte de sus conocimientos en esta su ciudad, en la que va consolidando, sin prisa pero con ardor, los ricos mimbres que conforman su acervo cultural.

Y así, realiza lo que más le satisface, como es exhumar rincones históricos, encender velas en los archivos, aventar la penumbra del olvido histórico, de hechos y personajes, y levantar el polvo de la incuria que yace en dormidos legajos, papeles y documentos. Y se solaza, simultáneamente, haciendo despertar muchas fuentes de información, glosando altivos adarves, lienzos añejos, cubos poderosos y pasadizos acunados por leyendas excitantes, así como puertas de murallas, espigones y postigos, tantas veces mutilados por el tiempo...

Por eso, nuestro investigador ya está, con todo merecimiento, en ese selecto hado de personajes impagables que van descubriendo lo que otros, por pereza o torpeza, no realizan, a la vez que ha conseguido ya una selecta gavilla de proyectos agrados, pues tiene siempre puesta su mano en la mancera del arado rompedor, Rindiendo la reja en la labor de cada día. Lo que le lleva a visitar ermitas y conventos, monasterios y cenobios, exhumar tradiciones seculares, descifrar la maraña de aconteceres del Medioevo, y relatar los mil y un detalles de viejas arquitecturas, que luego data con sólidas cronologías... Al mismo tiempo que estudia los sillares que sostienen las moles palaciales, se asombra ante las gárgolas demoníacas, exalta el embrujo de las juderías, se deleita en la labra de imágenes que

exornan el robusto retablo, es seducido por el brillo de ricas platerías, o se apasiona comentando grandes linajes, descifrando epigrafías y se emociona, cómo no, ante épicas andanzas más allá del mar océano...

Pues bien, tras este pórtico, o atrio, que me pareció preciso hacerlo, centrémonos ahora en su libro –que ya es autoridad sobre este bastión militar–, un soberbio Castillo, que emerge en esa formidable canchalera trujillana, que, retando al tiempo, aún no ha perdido su bravo perfil, de antiguo baluarte árabe, que ponía en jaque a los más esforzados monarcas castellanos-leoneses...

Estamos ante un trabajo de investigación que se vertebra en los siguientes apartados: «Trujillo medieval, a través de las fuentes escritas»; «la Reconquista y los orígenes del culto a N.^a S.^a en Trujillo. La capilla del castillo»; «el escudo de armas de Trujillo y la iconografía mariana»; «desarrollo constructivo y características arquitectónicas»; sus «inscripciones» y una «cronología general y documentos».

Confieso, antes de nada, que me ha sorprendido el andamiaje que acoraza, de forma torrencial, el entramado histórico del primer apartado, al toparme con un nutridísimo cúmulo de datos, notas a pie de página, fechas, relatos minuciosos y otros detalles, que evitan cualquier duda o reticencia sobre el «desarrollo del contenido expuesto, tras constatar los seguros pasos que el autor va dando en el proceso histórico: vicisitudes trujillanas a través de las fuentes escritas». El resultado fecundo de todo ello lo ha propiciado, sin duda, su hábil y moroso rastreo por abundantes fuentes de información, cuyo proceso científico constituye la viga maestra de todos sus trabajos. De este modo, no es extraño que sus tesis históricas sean siempre diáfanos, coherentes sus hipótesis e irrefutables sus conclusiones. Porque Ramos Rubio siempre añade a su pasión desbordada, de búsqueda y buceo, el fino estilete del rigor histórico con datos fiables, seguidos por una operación de análisis exigente, que desbroza los textos más complejos, clarificando así cuanto pueda oscurecer la autenticidad del trabajo iniciado.

En estas «vicisitudes» medievales, comienza hablando del Turgalium romano, «nombre de raíz celta», y de cómo Trujillo fue una prefectura dependiente de Augusta Emérita, sin dejar de matizar, entre otras cosas, que, a «partir del siglo V a.C. podemos hablar de cultura vettona en Trujillo». Todo esto lo va apoyando con valiosos testimonios literarios, procedentes de diversos autores clásicos, mientras continúa con una excelente documentación sobre las diferentes vías romanas que enlazaban la citada ciudad con otros puntos de la Península. Lo que le hará afirmar, sin ambages, que Trujillo «se constituyó, por su posición geográfica, en un nudo de comunicación de cierta importancia». Seguidamente, nos habla de las huellas dejadas por los visigodos y, mayormente, por la dominación musulmana, en la que se detiene aportando todo un alarde de datos que hacen fiables sus asertos, apoyándose en los textos de no pocos escritores árabes. Fecha nuclear de este paso musulmán por la ciudad, es su conquista por Alfonso VIII, en 1186, aunque, por desgracia, pronto volvería al seno almohade; no obstante, afortunadamente, aquélla sería reconquistada, de forma definitiva, el 25 de enero de 1232, a la vez que era incorporada a la Corona de Castilla por Fernando III el Santo.

Finalizadas, de momento, las constantes razias, y callados, por ahora, los tambores de guerra, se iniciaba la imperiosa tarea de fomentar la repoblación, seguida del otorgamiento de privilegios a los caballeros participantes, destacándose los linajes más rancieros de Trujillo: «Añascos, Altamirano, Bejarano, Chaves, Orellana, Escobar, Pizarro, etc.». Tiempo éste, por tanto, de recuperación política, que tendría su colofón de oro con la concesión a Trujillo del título de Ciudad, por el rey Juan II, en 1430. Un apogeo que subiría un peldaño más, debido a la presencia, en Trujillo, de los Reyes Católicos, según documentación del ilustre zoriteño, Domingo Sánchez Loro. Una estancia real, luego devenida en «estrecha relación, ocupando un primerísimo plano en acontecimientos entre los años 1474-1480, como el famoso «Tratado de Trujillo», que cerró el enfrentamiento contra los portugueses en la batalla de la Albuera... Más adelante, en su sabroso relato, nuestro investigador hace clara referencia a la importante estada, en la ciudad, de una «minoría judía», durante la segunda mitad del s. XIII, que «era la más importante de las establecidas en Extremadura».

El segundo paso advertido en el libro, viene dado por unas interesantes pinceladas sobre la Reconquista, y, singularmente, cuando hace alusión al culto de N.^a S.^a de Trujillo. Apuntes que vienen a ser toda una gozosa narración, arrancando en la conquista definitiva de la ciudad por el citado monarca, Fernando III el Santo, lo que habría de comportar la ubicación, posterior, en una hornacina de la muralla, de la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, «abogada de la conquista», según una «venerable leyenda». Seguidamente, el autor se dedica a contarnos, con pluma sobria y toques impresionistas, a la vez, la vida cotidiana de la ciudad, de la que subraya una época de «inquebrantable fe y de elemental cultura popular, de efervescentes pasiones juveniles y de costumbres semibárbaras...», inmersas en toda clase de contradicciones morales y religiosas, donde abundaba la ignorancia y no eran excepciones los «vicios más invilecedores»; aunque, a renglón seguido, no tiene empacho en proclamar afirmando que «conviene resaltar la fe y espiritualidad de aquellas gentes que todo lo contemplaba «sub-specie aeternitatis»...

Habla, a continuación, entre otras cosas, del «origen legendario de la mayoría de las imágenes», en medio de un fondo espiritual de leyendas medievales, con la presencia de María «protegiendo a los pueblos cristianos»; matiza, luego, sobre el concepto de la «realeza de la Madre de Jesús», captado admirablemente por tallistas medievales; nos hace un sugestivo comentario sobre cómo estas imágenes se iban convirtiendo, sucesivamente, en Patronas de cada localidad, para terminar expresando que el culto más fervoroso en Trujillo se centró, a lo largo de la historia, en el seno de la parroquia de Santa María la Mayor y en la capillita renacentista construida en la fortaleza musulmana.

Después de hacer un inciso señalando la entrada de las tropas francesas en Trujillo, en 1809, con la ocultación, simultánea, de la venerada imagen de su Patrona, en el hermoso Palacio de la Conquista, y devuelta, en su día, a la fortaleza, sería inaugurada la nueva capilla del Castillo, en 1912. Pasados los años, en 1949, y por iniciativa del Ayuntamiento trujillano, se iniciarían los primeros pasos

para reformar dicha capilla, cuyo proyecto municipal sería alentado, al año siguiente, por la favorable acogida de los fieles. Por fin, en 1953, se llegaría a la cima religiosa, mariana, de la ciudad, mediante la coronación canónica de la Virgen Patrona, por el cardenal Cicognani, aquel orondo y mayestático Príncipe de la Iglesia, que, con anterioridad, fuera Nuncio Apostólico de la Sta. Sede en España (1938-1953). A este respecto, se ha de señalar que, mediante la pormenorizada y sabrosa crónica, de Ramos Rubio, sobre las fiestas solemnísimas en tal ocasión, el lector podrá tener puntual y exhaustiva información de este evento, tan memorable y emblemático, en el devenir de la ciudad.

Un tercer apartado del libro es cubierto por el erudito estudio sobre el «Escudo de armas de Trujillo y la iconografía mariana». Una vez más, el autor hace gala de sus siempre copiosas descripciones, en este caso heráldicas, aportando muchos datos y notas valiosas sobre la trayectoria de su evolución histórica, estando de por medio el mismo rey Alfonso XII, quien «confirmó» dicho escudo, el cual se iría enriqueciendo con nuevos detalles, hasta tener la imagen que en la actualidad posee.

En las líneas siguientes, hace referencia a los iconos que representan, de forma muy diversa, a la Virgen, indicando cómo Trujillo no sólo venera a su Patrona mediante la imagen que guardan en sus templos y ermitas, sino que ha «sacado a su Virgen a la calle, asomándola a las puertas de la Villa y a sus plazuelas, sacralizando así el espacio urbano, en un deseo manifiesto de convertir la ciudad en un templo abierto de colosales dimensiones, que reclama en la clave del cielo trujillano la imagen del Castillo».

Posteriormente, afronta el capítulo sobre la construcción y características arquitectónicas del castillo, brillante florón de Trujillo —medieval barco varado en un cerro de canchales—, significando, a través de un certero análisis, cada una de sus partes, cuya estructura general reside en un gran recinto cuadrado, hecho de piedra con sillarejo, muy trabajado y colocado ordenadamente, «con aparejo de sillares reaprovechados de construcciones romanas, alternando en sus muros y en sus ocho torres macizas la mampostería». Ni que decir tiene que el autor se recrea, con indisimulado deleite, en tales descripciones, logrando dar al lector una fidelísima recreación de los aspectos que resaltarán, siempre, desde el rigor y madura erudición.

A continuación, hace una atinada glosa de las «inscripciones» del baluarte, concentrándose en las que ha podido recuperar, de forma paciente, bajo una relación de diez «cipos de granito». Más adelante, y cerrando ya el trabajo general del libro, José Antonio ofrece al lector una «Cronología general y documentos», que viene a ser una cómoda y clara rememoración de los hitos históricos más destacables, en la historia de Trujillo, partiendo de la segunda mitad del siglo XIX, hasta el año 1983.

Mis últimas palabras, como prologuista, han de ser afirmando, de forma inequívoca, que nuestro investigador, haciendo alarde de un verdadero arsenal de conocimientos, ha salido brillantemente airoso del complejo proyecto histórico

que se propuso realizar, dando cumplida respuesta a los temas afrontados, dentro del mundo de la arquitectura militar, ubicada en una ciudad que sería punta lanza contra la morisma, a la que, por fin, tras un doloroso trasiego de ejércitos en liza, derrotarían nuestros reyes castellano-leoneses.

En resumen, un libro excelente, un «plato» suculento de historia, erudición y expresión diáfana de los textos, escanciado en un sugestivo trabajo, que demuestra y avala un esfuerzo hecho con encomiable tesón y con todo el amor a una ciudad, a la que el autor ama sin reservas. Y, una reflexión más, cuando pases por Trujillo, estoy seguro que vas a recordar siempre cómo J. A. Ramos Rubio, este hortelano de villas medievales, pertinaz navegante de mares históricos y andarín incansable de tierras con castillos y alcazabas, ha iluminado, ya para siempre, ese bástolito granítico al exhumar los valores y primores de su castillo árabe, que *fue*, durante siglos, bastión inexpugnable. De la misma forma que ha dado sello de, categoría a la trayectoria medieval de la ciudad, seguido del ditirambo sacral a la Patrona, la Virgen de la Victoria, con otros mosaicos descriptivos, que te llegarán a fascinar; los que, por otra parte, te harán poseer la idea de que Trujillo es una oferta y una pieza fundamental del mejor turismo de España.